

La segunda parte encara las reproducciones de códices y su análisis; los estudios sobre ediciones y traducciones; la exégesis antigua y medieval, así como la moderna con respecto a enfoques de conjunto, monografías, contribuciones, estudios de cada comedia, expresión formal, técnica teatral, temas y problemas; luego, la supervivencia terenciana en Roma, en la Edad Media, en la Moderna, la representación, y finalmente todo lo referido a Terencio en el mundo de la cultura, con historias literarias, teatrales y de la comedia en particular, más enciclopedias y bibliografías.

Todo esto revela y confirma una vez más la vigencia diacrónica y sincrónica de los estudios clásicos, ya que el fichaje del profesor Cupaiuolo abarca esfuerzos realizados por estudiosos de las más dispares lenguas modernas, como alemán, catalán, checo, danés, esloveno, español (en la cual se cuentan algunos trabajos publicados en Buenos Aires y que son obra de argentinos), francés, frisón, galés, griego, holandés, húngaro, inglés, italiano, polaco, portugués, rumano, ruso, servo-croata, sueco y más lejanos como árabe, japonés y turco.

ALBERTO J. VACCARO

MARCEL DETIENNE, *La muerte de Dionisos*; versión castellana de Juan José Herrera. Título original: *Dionysos mis à mort* (Paris, Gallimard, 1977). Madrid. Taurus, 1983, 181 pp.

En un oportuno capítulo introductorio, Detienne nos recuerda que el análisis estructural del mito ha sus-

citado diversos malentendidos y varios contrasentidos, planteados ya por el "estructuralismo" (las comillas pertenecen al autor), ya por los helenistas que dieron pruebas de reticencias ante un método inédito.

Para Lévi-Strauss, Grecia ya no ocupa una posición de privilegio, dado que no sería más que el lugar en el que la mitología desiste en favor de la filosofía y su único mérito es haber ofrecido el ejemplo más acabado de una superación del pensamiento mítico por sí mismo.

A esto se agrega el análisis levi-straussiano del mito de Edipo, del que había de nacer uno de los contrasentidos más admitidos y ampliamente difundidos de entre todos aquellos que el "estructuralismo" ha engendrado: otorgarle al mito una función mediadora. En cierto modo este análisis se instaura en las mismas condiciones en que lo hace el método filológico y comparativo del siglo XIX. En ambos el punto de partida es el mismo: el carácter gratuito e insensato del discurso mítico.

La debilidad de este enfoque, sostiene Detienne, consiste en proceder al desglose del mito de modo tal que pueda ser reorganizado como si fuera su propio contexto racional. El mito no puede ser convalidado más que por su coherencia interna, al ser definido sólo por su sistema conceptual; queda así abandonado al ingenio y a la arbitrariedad del constructor del modelo.

El análisis estructural no es el formalismo charlatán al que algunos acusan de esquematismo y otros de vana complejidad. Por el contrario, una lectura estructural comienza por plantear que el mito no es una serie de palabras, una historia dotada de significación lingüística ordinaria, sino una cadena

de relaciones, una serie de conceptos, un sistema de oposiciones significativas que se distribuyen en diversos planos y en varios niveles semánticos. Con el objeto de definir estos planos de significaciones, el análisis debe comenzar por ampliar el campo de la mitología al conjunto de informaciones concernientes a todos los registros de la vida espiritual, social y material del grupo humano considerado. Sólo al término de este desciframiento del contexto etnográfico evocado por el mito, el análisis podrá determinar relaciones conceptuales cuya pertinencia habrá sido válida por la recurrencia de los mismos valores semánticos de un extremo al otro del campo regido por este pensamiento simbólico. O sea, no busca el sentido en un nivel de mera intriga o en los resortes de la historia relatada; lo halla en un sistema formado por un grupo de relatos. Pero no por ello opta por la sintaxis en desmedro de la semántica, como se le ha reprochado a este método. Por el contrario, multiplicando los análisis formales que permiten extraer la armadura lógica de varios relatos, es posible acceder al sentido de los mitos. La semántica de estos se enriquece cuando se la descubre a través de la sintaxis.

Los postulados historicistas, por otra parte, creen que la relación de los mitos con la organización social, con el mundo físico, con el mundo material, con los acontecimientos es siempre exclusivamente del orden de la *representación* (la bastardilla es del autor). En principio, jamás puede deducirse lo real de un relato mítico, aunque se debe admitir que a menudo los historiadores logran encontrar un documento que parece consignar el acta de nacimiento de un mito. Al

respecto, Detienne cita el descubrimiento, en 1964, en la antigua Tebas de Egipto, de una inscripción jeroglífica grabada por Amenofis III, hacia 1384 antes de nuestra era. Según Paul Faure, esta inscripción nos ofrece la clave del mito de las Danaides. Para Detienne, es sólo un documento de historia política que aporta la prueba de que, en el siglo XIV a. C., hubo contactos entre los egipcios y los griegos, en las proximidades de Argos. Sea social o coyuntural, la historia no posee ningún privilegio para la explicación de los mitos, no es más que un dato de entre todos los que forman parte de la realidad que la mitología aprovecha. Es posible que el acontecimiento citado tenga alguna relación con el mito de las Danaides, tal vez, incluso, sea el punto de partida. Pero, haya o no dado el impulso al relato, el acontecimiento ha sido devorado por el mito. La mitología ha incorporado en sí misma este fragmento de historia y ha rearticulado ese elemento en sus propias estructuras.

Fijados los presupuestos teóricos, en la segunda parte de esta obra, el autor dedica cuatro capítulos al mito de Adonis (ya encarrado en un estudio anterior: *Les jardins d'Adonis*, Paris, Gallimard, 1972) para reexaminar un ejemplo de actividad cinéptica, cuya interpretación exclusiva encierra el peligro de una comprensión polarizada. Confronta a Adonis, el seductor, y a la cazadora Atalanta, a partir de la versión de Ovidio (*Metamorfosis* X 520-739) y de la que aporta un espejo etrusco de finales del siglo IV antes de nuestra era (espejo etrusco de Berlín Oeste-Staatliche Museen, Antikenabteilung, Inv. Fr. 146). Ambos se entregan a la caza pero con finalidad opuesta. Atalanta rehúsa los dones de Afro-

dita y busca refugio en una actividad esencialmente masculina y guerrera, que finaliza con su integración definitiva en el mundo de las bestias feroces. Adonis escoge un comportamiento cinagético opuesto al de Atalanta, que lo lleva a confundir el arte de acorrallar piezas con el arte de agradar y seducir. La caza que Adonis practica es la prolongación de la seducción; así lo atestigua su complicidad con la pantera, el único animal dotado de un buen olor natural que le permite, a un mismo tiempo, cautivar y capturar a sus víctimas. El plano animal se enriquece y prolonga en el botánico con la metamorfosis vegetal del cazador Adonis en anémona, planta de flor sin perfume y sin fruto, lo que acentúa los rasgos negativos que encierra el mito. Esta interpretación de Detienne posee un valor heurístico y hace aparecer relaciones entre elementos hasta ahora extraños o bien recorta informaciones atestiguadas en términos explícitos, pero inscritas en otra parte, aunque siempre pertenecientes al mismo sistema de pensamiento y en el interior de la misma cultura.

También uno de los aspectos del mito dionisiaco, la *ορειβασία*, está relacionado con la caza. Consiste en lanzar a las mujeres casadas fuera de la casa, en una carrera a través de bosques y montañas, donde todo lo que vive es capturado por la salvaje jauría. Por medio de estos relatos míticos, un determinado comportamiento cinagético, contribuye a dibujar un espacio liminal, abierto a la transgresión de las costumbres sexuales dominantes, que apunta a una subversión de los ordenamientos fijados por la sociedad.

Por otra parte la antropofagia, en la Grecia antigua, permite el estudio de diversos mitos, que una

vez reunidos se revelan profundamente diferentes unos de otros. Pero si se define el canibalismo dentro del conjunto de representaciones que una sociedad se hace de sí misma y desde el interior de su sistema de pensamiento, se accederá a un plano de significación privilegiado para establecer el conjunto de las relaciones entre el hombre, la naturaleza y la sobrenaturaleza. Es preciso observar detenidamente cuatro sistemas —Pitagorismo, Orfismo, Dionisismo y Cinismo— que constituyen un conjunto de cuatro términos, en el que cada uno devuelve, a la manera de un espejo, una imagen del sistema político-religioso, en la que el canibalismo es destacado tan pronto positiva como negativamente. Al estudio de estos términos dedica el autor que comentamos la tercera sección de la obra, para abocarse, en la cuarta, al análisis del Dionisismo órfico.

Dionisos no deja de ser inasible y proteiforme a través de las interpretaciones que provoca, tanto hoy como antaño. Para los discípulos de Orfeo sólo cabe una actitud, ya que el Orfismo se mueve exclusivamente en un plano religioso. Es una secta que pone en tela de juicio la religión oficial de la ciudad en dos niveles: uno de pensamiento teológico, otro de prácticas y comportamientos. En lo esencial, toda esta literatura órfica parece elaborada contra la teología dominante de los griegos, es decir, la de Hesíodo y su *Teogonia*. Por lo tanto, el desciframiento del mito órfico de Dionisos, devorado ritualmente por los Titanes, no podrá realizarse más que por referencia al mito proteico del primer animal consumido. La confrontación, según Detienne, se verá tanto más confirmada cuanto que, por una y otra parte, se trata de un sacrifi-

cio sangriento, cometido en los orígenes y que debe definir un comportamiento alimentario y un tipo de relación entre los dioses y los hombres. La matanza de Dionisos se inserta así en un grupo de mitos que comprende la historia de Prometeo, las representaciones de la omofagia dionisiaca, las especulaciones pitagóricas sobre la muerte del buey arador y hace posible reconocer las relaciones semánticas que mantiene con otros relatos míticos o con datos rituales diversos. Para Detienne, este sería el medio para interpretar un discurso mítico, deliberadamente erudito, que procede mediante rodeos y connotaciones bien meditadas.

El autor, a lo largo de este estudio, acumula y relaciona en un esquema formalmente coherente, datos tomados de fuentes diversas e insólitas, cuya simple enumeración sobrepasa los límites de una reseña. La perspectiva de análisis que ofrece puede aclarar el sentido de ciertos mitos y aportar nuevos elementos para su interpretación.

ELISABETH CABALLERO
DE DEL SASTRE

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO, *Titiro y Melibeo. La poesía pastoril grecolatina*. Madrid, Fundación Pastor, 1984, 553 pp.

Presentación total de la poesía pastoril en ambas lenguas y de cuanto pasaje pueda parecerse de alguna manera.

De la poesía griega traduce fragmentos de Hesíodo, *Trabajos*; Homero, *Odisea*; Estesicoro; Eurípi-

des, *Ciclope*; Filóxeno; Aristófanes, *Plutón*; Calímaco y Sofrón, y poemas enteros de Teócrito y Pseudo-Teócrito, Mosco y Pseudo-Mosco, Bión y Pseudo-Bión, más aportes de otros bucólicos recogidos en el papiro de Viena 29801, así como el anónimo "A Adonis muerto" y dos epigramas titulados "La guirnalda", de Meleagro y Filipo respectivamente, y asimismo otros tardíos.

De la poesía latina vierte poemas de Catulo, de la *Appendix Vergiliana* y de Horacio, más fragmentos de Virgilio, *Geórgicas*; Tibulo, Propertio y Ovidio, y también la totalidad de Virgilio, *Bucólicas*; Columela, *Del cultivo de los huertos*; Calpurnio Sículo, Nemesiano y las dos églogas anónimas del manuscrito de Einsiedln.

Todo esto se complementa con muy interesantes y muy bien escritas introducciones a cada parte, una reubicación de la *Odisea*, un estudio de la paternidad de la *Appendix Vergiliana*, una explicación de la estructura de los idilios de Teócrito y un importante, útil y minucioso índice temático.

En su afán de verter al castellano cuanto de poesía bucólica puede rastrearse en ambas literaturas agrega también algunas muestras epigramáticas y poemas o fragmentos en que lo geórgico, que atañe al laboreo, se superpone a lo propiamente bucólico, cuya esencia poética implica más bien una actitud contemplativa ante la naturaleza campestre o alguna inquietud espiritual no precisamente relacionada en forma directa con el trabajo de la tierra.

El esfuerzo de haber traducido a nuestra lengua tantos pasajes o poemas enteros concernientes, de alguna manera, al rubro elegido es